

sabía caminos ni pueblos, ni era decente aparecerse un médico sin equipaje ni mozo.

En estas dudas dió la una del día, hora en que me subieron de comer, y en esta diligencia estaba, cuando se acercó á la puerta un muchacho á pedir por Dios un bocadito.

Al punto que lo ví y lo oí, conocí que era Andrés, el aprendiz de casa de don Agustín, muchacho, no sé si lo he dicho, como de catorce años, pero de estatura de diez y ocho. Luego luego lo hice entrar, y á pocas vueltas de la conversación me conoció, y le conté cómo era médico y trataba de irme á algún pueblecillo á buscar fortuna, porque en México había más médicos que enfermos; pero que me detenía carecer de un mozo fiel que me acompañara y que supiera de algún pueblo dónde no hubiera médico.

El pobre muchacho se me ofreció y aun me rogó que lo llevara en mi compañía, que él había ido á Tepeji del Río en donde no había médico y no era pueblo corto, y que si nos iba mal allí, nos iríamos á Tula que era pueblo más grande.

Me agradó mucho el desembarazo de Andrés, y habiéndole mandado subir que comer, comió el pobre con bastante apetencia, y me contó cómo se estuvo escondido en un zaguán, y me vió salir corriendo de la barbería, y á la vieja tras de mí con el cuchillo; que yo

pasé por el mismo zaguán donde estaba, y á poco de que la vieja se metió á su casa, corrió á alcanzarme, pero que no le fué posible; y no lo dudo, ¡tal corría yo cuando me espoleaba el miedo!

Díjome también Andrés que él se fué á su casa y contó todo el pasaje; que su padrastro lo regañó y lo golpeó mucho, y después lo llevó con una corma á casa de don Agustín; que la maldita vieja, cuando vió que yo no parecía, se vengó con él levantándole tantos testimonios que se irritó el maestro demasiado, y dispuso darle un novenario de azotes, como lo verificó, poniéndolo en los nueve días hecho una lástima, así por los muchos y crueles azotes que le dió, como por los ayunos que le hicieron sufrir al traspaso; que así que se vengó á su satisfacción la inicua vieja, lo puso en libertad quitándole la corma, echándole su buen sermón, y concluyendo con aquello de *cuidado con otra*; pero que él, luego que tuvo ocasión, se huyó de la casa con ánimo de salirse de México, y para esto se andaba en los mesones pidiendo un bocadito y esperando coyuntura de marcharse con el primero que encontrase.

Acabó Andrés de contarme todo esto mientras comió, y yo le disfracé mis aventuras haciéndole creer que me había acabado de examinar en medicina; que ya le había insinuado que quería salir de esta ciudad, y así que me lo llevaría de buena gana, dándole de comer

y haciéndolo pasar por barbero en caso de que no lo hubiera en el pueblo de nuestra ubicación.

— Pero, señor, decía Andrés, todo está muy bien; pero si yo apenas sé afeitar un perro, ¿cómo me arriesgaré á meterme á lo que no entiendo? — Cállate, le dije, no seas cobarde: sábetete que *audaces fortuna juvat, timidosque repellit...* — ¿Qué dice usted, señor, que no lo entiendo? — Que á los atrevidos, le respondí, favorece la fortuna, y á los cobardes los desecha; y así no hay que desmayar; tú serás tan barbero en un mes que estés en mi compañía, como yo fuí médico en el poco tiempo que estuve con mi maestro, á quien no sé bien cuánto le debo á esta hora.

Admirado me escuchaba Andrés, y más lo estaba al oirme disparar mis latinajos con frecuencia, pues no sabía que lo mejor que yo aprendí del doctor Purgante fué su pedantismo y su modo de curar, *methodus medendi*.

En fin, dieron las tres de la tarde y me salí con Andrés al Baratillo, en donde compré un colchón, una cubierta de baqueta para envolverlo, un baúl, una chupa negra y unos calzones verdes con sus correspondientes medias negras, zapatos, sombrero, chaleco encarnado, corbatín y un capotito para mi fámulo y barbero que iba á ser, á quien también le compré seis navajas, una bacía, un espejo, cuatro ventosas, dos lancetas, un trapo

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"  
RECIBO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA  
UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN

para paños, unas tijeras, una jeringa grande y no sé qué otras baratijas; siendo lo más raro que en todo este ajuar apenas gasté veintisiete ó veintiocho pesos. Ya se deja entender que todo ello estaba como del Baratillo; pero con todo eso, Andrés volvió al mesón contentísimo.

Luego que llegamos pagué al cargador y acomodamos en el baúl nuestras alhajas. En esta operación vió Andrés que mi haber en plata efectiva apenas llegaba á ocho ó diez pesos. Entonces, muy espantado, me dijo: — ¡Ay, señor! ¿Y qué, con ese dinero no más nos hemos de ir? — Sí, Andrés, le dije; ¿pues y qué, no alcanza? — ¿Cómo ha de alcanzar, señor? ¿Pues y quién carga el baúl y el colchón de aquí á Tepeji ó á Tula? ¿qué comemos en el camino? ¿y por fin, con qué nos mantenemos allí mientras que tomamos crédito? Ese dinero *orita orita* se acaba, yo no veo que usted tenga ni ropa ni alhajas, ni cosa que lo valga, que empeñar.

No dejaron de ponerme en cuidado las reflexiones de Andrés; pero ya para no acobardarlo más, y ya porque me iba mucho en salir de México, pues yo tenía bien tragado que el médico me andaría buscando como á una aguja (por señas que cuando fuí al Baratillo, en un zaguán compré la mayor parte de los tiliches que dije) y temía que si me hallaba, iba yo á dar á la cárcel, y de consiguiente á poder de Chanfaina. Por esto, con

todo disimulo y pedantería, le dije á Andrés: —No te apures, hijo: *Deus providebit*.<sup>1</sup> —No sé lo que usted me dice, contestó Andrés; lo que sé es que con ese dinero no hay ni para empezar.

En estas pláticas estábamos, cuando á cosa de las siete de la noche, en el cuarto inmediato oí ruido de voces y pesos. Mandé á Andrés que fuera á espiar qué cosa era. Él fué corriendo y volvió muy contento diciéndome:—Señor, señor, ¡qué bueno está el juego!—¿Pues qué, están jugando?—Sí, señor; dijo Andrés, están en el cuarto diez ó doce payos jugando albures, pero ponen los chorizos de pesos.

Picóme la culebra, abrí el baúl, cogí seis pesos de los diez que tenía y le dí la llave á Andrés diciéndole que la guardara, y que aunque se la pidiera y me matara no me la diera, pues iba á arriesgar aquellos seis pesos solamente, y si se perdían los cuatro que quedaban, no teníamos ni con qué comer, ni con qué pagar el pesebre de la mula á otro día. Andrés, un poco triste y desconfiado, tomó la llave, y yo me fuí á entrometer en la rueda de los tahures.

No eran éstos tan payos como yo los había menester; estaban más que medianamente instruídos en el arte de la baraja, y así fué preciso irme con tiento. Sin embargo, tuve la fortuna de ganarles cosa de veinticinco

<sup>1</sup> Dios nos remediará.

pesos, con los que me salí muy contento, y hallé á Andrés durmiéndose sentado.

Lo desperté y le mostré la ganancia, la que guardó muy placentero contándome como ya tenía el viaje dispuesto y todo corriente; porque abajo estaban unos mozos de Tula que habían traído un colegial y se iban de vacío; que con ellos había propalado el viaje, y aun se había determinado á ajustarlo en cuatro pesos, y que sólo esperaban los mozos que yo confirmara el ajuste. —¿Pues no lo he de confirmar, hijo? le dije á Andrés; anda y llama á esos mozos ahora mismo.

Bajó Andrés como un rayo y subió luego luego con los mozos, con quienes quedé en que me habían de dar mula para mi avío y una bestia de silla para Andrés; todo lo que me ofrecieron, como también que habían de madrugar antes del alba, y se fueron á recoger.

A seguida mandé á mi criado que fuera á comprar una botella de aguardiente, queso, bizcochos y chorizos para otro día, y mientras que él volvía, hice subir la cena.

No me cansaba yo de complacerme en mi determinación de hacerme médico, viendo cuán bien se facilitaban todas las cosas, y al mismo tiempo daba gracias á Dios que me había proporcionado un criado tan fiel, vivo y servicial como Andresillo, quien en medio de estas contemplaciones fué entrando cargado con el repuesto.

Cenamos los dos amigablemente, echamos un buen trago y nos fuimos á acostar temprano, para madrugar, despertando á buena hora.

A las cuatro de la mañana ya estaban los mozos tocándonos la puerta. Nos levantamos y desayunamos mientras que los arrieros cargaban.

Luego que se concluyó esta diligencia, pagué el gasto que habíamos hecho yo y mi mula, y nos pusimos en camino.

Yo no estaba acostumbrado á caminar, con esto me cansé pronto y no quise pasar de Cuautitlan, por más que los mozos me porfiaban que fuéramos á dormir á Tula.

Al segundo día llegamos al dicho pueblo, y yo posé ó me hospedé en la casa de uno de los arrieros, que era un pobre viejo, sencillote y hombre de bien, á quien llamaban tío Bernabé, con el que me convine en pagar mi plato, el de Andrés y el de la mula, sirviéndole, por vía de gratificación, de médico de cámara para toda su familia, que eran dos viejas: una su mujer y otra su hermana; dos hijos grandes y una hija pequeña como de doce años.

El pobre admitió muy contento, y cátenme ustedes ya radicado en Tula y teniendo que mantener al maestro barbero, que así llamaremos á Andrés, á mí y á mi *macha*; que aunque no era mía, yo la nombraba por tal;

bien que siempre que la miraba me parecía ver delante de mí al doctor Purgante con su gran bata y birrete parado, que lanzando fuego por los ojos me decía:— Pícaro, vuélveme mi mula, mi gualdrapa, mi golilla, mi peluca, mis libros, mi capa y mi dinero, que nada es tuyo.— Tan cierto es, hijos míos, aquel principio de derecho natural que nos dice, que en donde quiera que está la cosa clama por su dueño. *Ubi cumque res est, pro domino suo clamat.* ¿Qué importa que el albacea se quede con la herencia de los menores porque éstos no son capaces de reclamarla? ¿qué con que el usurero retenga los lucros? ¿qué con que el comerciante se engrandezca con las ganancias ilícitas? ¿ni qué con que otros muchos, valiéndose de su poder ó de la ignorancia de los demás, disfruten procazmente los bienes que les usurpan? Jamás los gozarán sin zozobras, ni por más que disimulen podrán acallar su conciencia, que incesantemente les gritará:— Esto no es tuyo, esto es mal habido; restitúyelo ó perecerás eternamente.

Así me sucedía con lo que le hurté á mi pobre amo; pero como los remordimientos interiores rara vez se conocen en la cara, procuré asentar mi conducta de buen médico en aquel pueblo, prometiendo interiormente restituirle al doctor todos sus muebles en cuanto tuviera proporción. Bien que en esto no hacía yo más que ir con la corriente.

Como no se me habían olvidado aquellos principios de urbanidad que me enseñaron mis padres, á los dos días, luego que descansé, me informé de quiénes eran los sujetos principales del pueblo, tales como el cura y sus vicarios; el subdelegado y su director, el alcabalero, el administrador de correos, tal cual tendero y otros señores decentes; y á todos ellos envié recado con el bueno de mi patrón y Andrés, ofreciéndoles mi persona é inutilidad.

Con la mayor satisfacción recibieron todos la noticia, correspondiendo corteses á mi cumplimiento, y haciéndome mis visitas de estilo, las que yo también les hice de noche vestido de ceremonia, quiero decir, con mi capa de golilla, la golilla misma y mi peluca encasquetada, porque no tenía traje mejor ni peor; siendo lo más ridículo que mis medias eran blancas, todo el vestido de color y los zapatos abotinados, con lo que parecía más bien alguacil que médico; y para realzar mejor el cuadro de mi ridiculez, hice andar conmigo á Andrés con el traje que le compré, que os acordaréis que era chupa y medias negras, calzones verdes, chaleco encarnado, sombrero blanco y su capotillo azul rabón y remendado.

Ya los señores principales me habían visitado, según dije, y habían formado de mí el concepto que quisieron; pero no me había visto el común del pueblo vestido de punta en blanco ni acompañado de mi escu-

dero; mas el domingo que me presenté en la iglesia vestido á mi modo entre médico y corchete, y Andrés entre tordo y perico, fué increíble la distracción del pueblo, y creo que nadie oyó misa por mirarnos; unos burlándose de nuestras extravagantes figuras, y otros admirándose de semejantes trajes. Lo cierto es que cuando volví á mi posada fué acompañado de una multitud de muchachos, mujeres, indios, indias y pobres rancheros que no cesaban de preguntar á Andrés quiénes éramos. Y él muy mesurado les decía:—Este señor es mi amo, se llama el señor doctor don Pedro Sarmiento, y médico como él, no lo ha parido el reino de Nueva España; y yo soy su mozo; me llamo Andrés Cascajo y soy maestro barbero, y muy capaz de afeitar á un capón, de sacarle sangre á un muerto y desquijarar á un león si trata de sacarse alguna muela.

Estas conversaciones eran á mis espaldas; porque yo, á fuer de amo, no iba lado á lado con Andrés, sino por delante y muy gravadoso y presumido escuchando mis elogios; pero por poco me echo á reír á dos carrillos cuando oí los despropósitos de Andrés y advertí la seriedad con que los decía, y la sencillez de los muchachos y gente pobre que nos seguía colgados de la lengua de mi lacayo.

Llegamos á la casa entre la admiración de nuestra comitiva, á la que despidió el tío Bernabé con buen